

## Novelistas o novela de la Revolución Mexicana

Jorge von Ziegler

**E**n México, pocos nombres reúnen tantas cosas como el de la Revolución Mexicana, o quizá ningún otro lo ha sido, como el de esa rebelión célebre, todo y nada para los mexicanos: una época, un símbolo, el eco unánime de incontables nombres de generales, un dilatado número de leyes cambiantes, un gobierno y muchos partidos políticos, una biblioteca de traiciones, una trabajada retórica que muerta parece inmortal, una confusa —pero admirable— página de historia, un resplandor de incendios y batallas. No menos complicada que la historia de esas cosas diversas es su novela. Durante años, la historia ha buscado un orden en ese caos creciente, y, al cabo de ellos, no tenemos una historia de la Revolución, sino muchas historias de numerosas cosas llamadas Revolución Mexicana. Como los historiadores, los novelistas persiguen una realidad de caras diversas; como la historia, la novela de la Revolución se ha multiplicado en muchas novelas; la novela de la Revolución lo ha sido, para la literatura mexicana, todo y nada a la vez.

Un nombre, el de la novela mexicana de la Revolución, engendró diversos objetos literarios; si juzgamos que la obra de Azuela fue divulgada tardíamente, la novela de la Revolución Mexicana existió primero como

nombre. Hoy sabemos que la creación de ese nombre se debe a una polémica periodística, a una discusión de los años veintes anterior a los objetos heterogéneos que ahora reverberan en el nombre de la novela de la Revolución: una época literaria, una generación de escritores, una forma de hacer novelas —una novelística—, un vasto documento, unos murales literarios, un examen o una crítica del movimiento social, un tema que persiguió a novelistas disímbolos, que seguirá apoderándose de la imaginación de escritores desiguales. Vista como una corriente o un estilo o un período de la literatura, la novela de la Revolución es un enigma insoluble; juzgada como una creación artificial y ambigua de la crítica literaria es una realidad o muchas realidades transparentes. Repetidamente se ha olvidado, en la historia literaria, que un movimiento es reflejo del dominio de una técnica o un estilo, no el resultado de que muchos escritores utilicen el mismo tema. La novela de la Revolución expresa menos una manera de narrar que un tema; lo que une a los diferentes novelistas de la Revolución es un tema, no una técnica o un estilo. Una crítica o historia de la novela de la Revolución como corriente o período literario padece por eso obstáculos insuperables; sin embargo, no han sido pocos los intentos de ana-

lizar el estilo de la novela de la Revolución, una forma de escribir que nunca existió. Hay novelistas de la Revolución, pero no una novela de la Revolución.

El tema de la Revolución Mexicana produjo, con independencia de plurales fines artísticos y actitudes frente a la historia, algo que muchos consideran una corriente literaria. En principio, la novela de la Revolución ha sido, como se pretendió que fuera cuando apenas se gestaba, un testimonio del movimiento de 1910; esta naturaleza testimonial o documental es la que ha servido casi siempre para definirla. Antonio Castro Leal, en una antología célebre, registró esta endeble observación: "Por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales, que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920". Muchas historias y discusiones críticas duplican esta clara definición. No es difícil encontrar en ella dos debilidades: el conjunto de obras narrativas del que habla es potencialmente infinito, incesante; su concepto de la Revolución, parcial, pues la identifica con el caos, a veces trivial, de la guerra. La propia idea de la novela de la Revolución carece de sentido histórico porque refiere algo que, una vez dado, es intemporal: un tema. Los estilos y las corrientes de la literatura son irrepetibles hechos históricos; no así los temas, que pueden nutrir infinitamente a las formas. Potencialmente, la Revolución informa un asunto inagotable; la Revolución podrá ser olvidada o relegada por escritores futuros, pero no puede dejar de ser un potencial asunto literario. Las obras sobre la Revolución escritas después de que la novela de la Revolución fuera juzgada un hecho consumado comprueban esta obviedad. Vista como una crónica de las incidencias de una guerra, la novela de la Revolución es una idea crítica absurda; Rulfo, Fuentes, Ibarguengoitia, innumerables novelistas del futuro, pueden ser o son novelistas de la Revolución Mexicana.

Igualmente casual es juzgar que la Revolución concluyó en 1917 o 1920 o en 1929 con la fundación de un partido omnímodo o que comenzó en 1934 con un presidente expropiador o que aún continúa o que aún no ha comenzado. La novela de la Revolución depende de un hecho voluble; si la Revolución es muchas cosas, cada una de estas cosas tiene su novela. El censo de novelistas de la Revolución crece o disminuye de acuerdo con esta confusión. Adalbert Dessau, autor de un extenso estudio incompleto y parcial, estima necesario, por ejemplo, vincular a la novela de la etapa militar con la novela de los años treinta relativa a los acontecimientos sociales relacionados con la prosecución de la Revolución, y observa que estas dos corrientes reúnen derivaciones ideológicas menores: la contrarrevolución, las tendencias proletarias, el movimiento nacional-revolucionario, las memorias individuales y la llamada ontología del mexicano en la novela; aunque este análisis no es inútil, refleja la misma limitación, la necesidad de estudiar temáticamente a la novela de la Revolución. A los novelistas de la Revolución los une un tema, pero ellos no se unen frente al tema; si la novela de la Revolución es una corriente, es quizá la que ha reunido más intereses, actitudes, preocupaciones, ideologías y fines desiguales. De ahí que el único esquema posible consista en tomar en cuenta las heterogéneas posiciones de los escritores frente a la Revolución y clasificarlas, sin que ello muestre, al final, otra cosa que afinidades accidentales. Qué papel ocupa ese tema dentro de la forma de la novela es algo que no interesa al historiador; novelas que dedican escasas páginas a la Revolución o la mencionan incidentalmente, son consideradas, quizá a pesar de sus autores, novelas de la Revolución.

Seguir un tema a lo largo de muchas obras es posible, aunque no baste para inventar una novelística; menos fácil es pretender que esas obras adoptan un mismo estilo para hablarnos de ese tema. Con frecuencia se ha hablado de la novela de la Revolución como de un *tipo* de novela. Castro Leal hizo consistir ese modo novelesco en cuatro categorías: perspectiva directa o autobiográfica, exposición episódica, esencia épica y carácter nacionalista. Ninguna de ellas distingue a la novela de la Revolución, que utilizando los escenarios de una gue-



Silvia Molina

rra no podía carecer de aliento épico, que siendo novela no podía librarse de lo épico. Que la novela de la Revolución sea de naturaleza autobiográfica coincide con la esencia de la literatura, que siempre, velada o abiertamente, lo es; su punto de vista "nacionalista" es igualmente confundible, pues no son escasas las literaturas dedicadas a los problemas nacionales. Otros intentos de fijar el carácter formal de la novela de la Revolución desconocen parecidamente que esta noción carece por completo de sentido de forma.

La palabra "novela" se usa en este caso en el sentido de narrativa, no con su significación propia o precisa; muchas "novelas" de la Revolución son ajenas parcial o totalmente a la idea de novela. Estimar a *Ulises criollo*, *Cartucho* y *Apuntes de un lugareño* como novelas es incurrir en un grave dispendio de la palabra "novela"; es indudable el carácter narrativo de estas obras, pero no su naturaleza novelesca. El término "novela" aplicado a la literatura de la Revolución encubre formas heterogéneas: crónicas, memorias, pequeños cuadros o viñetas, reportajes, novelas. La mayoría de las generalizaciones sobre el estilo o la forma de la novela de la Revolución pretende ignorar este hecho. En diversas historias literarias se leen descripciones asombrosamente precisas del vocabulario, la estructura, la caracterización, la frase, el ambiente, las técnicas descriptivas de la novela de la Revolución; sin embargo, no son muchas las generalizaciones que es posible aplicar a más de dos escritores. Acaso la única identidad íntima en ese vasto y desorganizado mundo narrativo esté en el realismo; no en el realismo como suma de técnicas o procedimientos de la narración, sino en el realismo como intención o actitud representativa. En la novela de la Revolución, el realismo es una estética, no un estilo; los estilos dispares de los narradores de la Revolución se unen acaso en la misma estética. A pesar de ello, la estética del realismo es vasta y ha imperado en demasiadas épocas; no distingue sino en lo general a la narrativa de la Revolución, que fue una prolongación, más intensa y de mayor altura literaria, del realismo narrativo en la literatura mexicana de la transición de siglos.

Novelistas posteriores han interpretado de diversos modos este carácter de la literatura de la Revolución.

Rulfo, uno de sus lectores ilustres, observaba que ella le había mostrado lo que fue la Revolución, que le había sido posible conocer la historia a través de la narrativa. Fuentes, al advertir que la literatura de la Revolución Mexicana introdujo el primer cambio cualitativo notable en el realismo hispanoamericano, sostuvo que su técnica testimonial era efecto forzoso de la proximidad del gran tema: "Los temas inmediatos —escribe— quemaban las manos de los autores y los forzaban a una técnica testimonial que, en gran medida, les impidió penetrar en sus propios hallazgos". Algo semejante se lee en las páginas de Castro Leal cuando éste conjetura puerilmente que la composición por cuadros es logro parcial de las artes de la prisa. Cuesta creer que un hecho acaecido diez o veinte años atrás pueda quemar las manos de un novelista o que un autor no tenga "tiempo —ni tampoco serenidad— para organizar en una composición bien ordenada las impresiones sorprendidas y violentas" de un hecho tranquilizado por el paso sedante de varios lustros; menos difícil es aceptar que lo documental en la novela de la Revolución es creación de una época literaria, del dominio formal o técnico que ésta conoció.

Hoy, tal vez la única idea que el nombre de la novela de la Revolución Mexicana evoca con verdad es la de una generación de escritores, o acaso la de una época marcada por su obra. Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero, Francisco L. Urquiza, Agustín Vera, Gregorio López y Fuentes, Rafael Felipe Muñoz, José Mancisidor, Mauricio Magdaleno, Nellie Campobello y Miguel N. Lira componen, a la sombra de un precursor inevitable, Mariano Azuela, una congregación heterogénea de narradores empeñados en descifrar un tema conmovedor en obras publicadas entre 1928 y 1947. En su mayoría, son escritores nacidos durante la última década del siglo XIX y la primera del XX. Cuando hablamos de la novela de la Revolución pensamos en Guzmán, en Muñoz, en José Rubén Romero, evocamos sin dificultad un momento fértil y a veces asombroso en la literatura de México. Evocamos también a la Revolución. Pero nunca nutren nuestras ideas las imágenes de un estilo o una manera de hacer nove-

las o una corriente tipificada como el romanticismo o el modernismo.

Este hecho enfatiza la naturaleza histórica de las uniones entre los novelistas de la Revolución. Situar su producción entre 1928 y 1947 es referir un suceso consumado, muerto, al que explica el hecho igualmente accidental de que los novelistas no hayan advenido a las letras, pero sí al mundo, entre 1890 y 1910. A diferencia de otras generaciones, la de estos novelistas no halló otra identidad que la histórica, la de un tema al que consagraron ciertas páginas y la de la época en que éstas fueron urdidas. No es legítimo ignorar la conciencia de grupo que se gestó en los años treinta, pero semejante conciencia estimuló menos el ejercicio de prácticas litera-

rias similares que el auge de las polémicas críticas. La narrativa de la Revolución creó un orbe de matices, diferencias y contrastes, un todo imposible de comprender sin apreciar estas confusas tonalidades. Leerla o estudiarla en conjunto nos aleja extrañamente de la literatura; no así observarla en cada uno de sus autores, en quienes se nos manifiesta plenamente: la novela de la Revolución es una corriente en cada uno de sus novelistas. Tal vez los hallazgos de la novela de la Revolución no concuerden con los que siempre se les han exigido; la Revolución, probablemente, no produjo una novelística, pero suministró a los novelistas un prodigioso número de imágenes patéticas y aterradoras de un mundo plural.